

La Francia de Francois Hollande: ¿Rezago respecto a Italia?

02 de mayo de 2012

Klaus F. Zimmermann

BONN.— Los paquetes de reforma del mercado laboral que se anunciaron recientemente en Italia y España, desde hace mucho tiempo eran necesarios y están poniendo a estos países en el rumbo correcto hacia un futuro más próspero. Esto hay que recibirlo como una ventaja neta para toda Europa. Contra ese telón de fondo, se vuelve tanto más lamentable que Francia, en el caso que Hollande se convierta en su presidente, se mueva en la dirección opuesta. Buscaría dar reversa a las de por sí tímidas reformas que Nicolas Sarkozy logró pasar durante su administración. Si el candidato del Partido Socialista a la presidencia francesa en verdad resulta electo y hace efectivas sus declaraciones, corre el riesgo de que muy rápidamente se perciba que su país se está cubriendo con el mismo manto que lo hizo Italia antes de Mario Monti.

Sí, el señor Hollande ha hablado de la boca para afuera respecto a las reformas del mercado laboral que el ex canciller alemán Gerhard Schroeder puso en marcha hace más de una década. Estas medidas que Alemania implementó han mostrado que se puede hacer que el desempleo baje, aunque se esté en medio de una crisis económica global e incluso en una economía con mano de obra de alto costo.

Pero Hollande no parece comprender que la dependencia en un alza aun mayor de los impuestos fue precisamente el rumbo que no tomaron los socialdemócratas alemanes, sus almas gemelas ideológicas. En lo esencial, Schroeder comprendió que la participación del sector público en el producto interno bruto (PIB) no se podía elevar más para que la economía creciera de nuevo. A cualquier conservador se le hubiera dificultado mucho más esta percepción.

De hecho, los socialdemócratas alemanes lanzaron y ejecutaron un experimento social y económico que demandaba muchas agallas.

Demostraron que los partidos de izquierda bien pueden hacer lo correcto y reestructurar y dinamizar de nuevo una economía nacional, mediante el recorte de beneficios y la reducción del papel del estado en la economía. En todo caso, esa es la lección que Hollande debe aprender, en especial dado que la participación del sector público en la economía francesa es considerablemente más alta que la de Alemania.

En vez de eso, está optando por un rumbo especial francés y afirma en efecto que las leyes económicas, como se aplican en otras partes, no funcionan igual en Francia.

Eso es tanto más lamentable dado que una Francia que se está moviendo en la dirección equivocada —una Francia que quiere reabrir las negociaciones sobre el pacto fiscal de la Unión Europea y una Francia que no corrige sus decisiones del pasado— como mínimo está destinada a retrasar el proceso europeo de reforma. El crecimiento y los empleos llegarán conmensurablemente más tarde.

En el peor de los casos, podría amenazar de parálisis al Banco Central Europeo, que de muchas formas es ahora la verdadera locomotora de la integración europea. Cualquiera que conozca los altibajos de la historia franco-alemana reconocerá que esta es una apuesta de alto riesgo de cualquier forma que se mire.

Recientemente, incluso el Banco Mundial, que bajo el mando de su presidente saliente Bob Zoellick fue más bien crítico de la política económica de Alemania, ha afirmado inequívocamente que países

tales como Francia están elevando demasiado los costos de su mercado laboral a la luz del número aun menor de horas trabajadas y de tiempo libre excesivamente generoso que proveen. En el caso de Francia, supera en mucho un periodo de vacaciones de ocho semanas. Con buena razón, el Banco Mundial declara que esta estrategia no es sostenible en una economía mundial que está marcada por competencia transfronteriza cada vez más grande.

Lo peor respecto a los pronunciamientos de Hollande es que despiertan expectativas entre la población francesa, que probablemente va a resultar dolorosamente desilusionada. Pese a toda su justificada crítica sobre la industria financiera, es un hecho que no constituye la raíz de la falta de competitividad de Francia. Y culpar a los bancos no es más responsable en lo fiscal que rebajar la edad de la jubilación a los 60 años, como Hollande se propone.

En la Europa de hoy, la batalla ciertamente no es respecto a volverse más “alemán”. Decir eso revela una profunda mala interpretación de las realidades globales, en particular de las presiones competitivas que emanan de una economía global que se está integrando rápidamente.

Es posible que se pueda describir a la alemana como la economía más global de Europa debido a la orientación a las exportaciones y las exitosas reformas en el mercado laboral. Las reformas que los alemanes emprendieron hace más de una década fueron —y algunas de ellas todavía son— desgarradoramente dolorosas. Pero ni hubo ni hay alternativa. Un alto estándar de vida tiene que ser ganado, no solo alegado. Esa, en mi modo de pensar, es la forma verdadera —y única relevante— de liderazgo alemán.

Cuanto más esperen los franceses para montarse en lo que constituye una visión global —no alemana— para Europa, tanto peor ciertamente para Francia y también para toda Europa.

Director del Instituto para el Estudio del Trabajo (IZA)

www.iza.org